EL POETA MANUEL MOLINA (1917-1990) Y LA MEMORIA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Por
CECILIO ALONSO
(Centro «F. Tomás y Valiente», UNED, Valencia)

Esta comunicación pretende cubrir la ausencia del poeta Manuel Molina Rodríguez, nacido en Orihuela en octubre de 1917, con quien mantuve una amistad de veintisiete años y que supuso mi primer vínculo directo con la memoria de Miguel Hernández. Su muerte a fines de 1990 impidió que interviniera en el Congreso del Cincuentenario al que había sido invitado como ponente. Desde entonces se ha venido produciendo un oscurecimiento tanto de sus relaciones personales con Miguel como de su función en el sostenimiento de su memoria en la ciudad de Alicante, bajo mínimos durante los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo. Ha habido referencias inexactas, omisiones e incluso descalificaciones intelectuales algunas de las cuales convendría revisar, por supuesto sin desorbitarlas, para ampliar detalles que pudieran contribuir a restaurar el escenario en que se movieron oscuros figurantes que, con más o menos suerte, compartieron los efectos de la derrota republicana de 1939. No habrá tiempo aquí sino de aludir a algunas de aquellas.

La bibliografía básica para situar a Molina en relación con la persona de Miguel Hernández consta de tres series de estampas literarias y recuerdos en las que el «testimonio poético» se impone al documental. Se trata de «Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela» (1969), «Amistad con Miguel Hernández» (1971) y «Un mito llamado Miguel» (1977). A estas publicaciones se añaden un libro, polémico en su momento –*Miguel Hernández en Alicante* (1976) escrito en colaboración con su amigo Vicente Ramos[1]– y, por la estrecha vinculación con el asunto hernandiano, su edición de *Canto encadenado* de Carlos Fenoll (1978)[2].

Como la mayor parte de sus amigos oriolanos, Molina fue autodidacta, hijo de padre republicano, pequeño contratista que lo incorporó pronto a su oficio de construir y conservar carreteras provinciales sin concluir sus estudios medios, patrón bastante común, modificado en su caso por el traslado familiar (1935) a una ciudad más abierta como Alicante, donde desarrolló posteriormente su actividad poética. En su memoria mítica permanecieron siempre el recuerdo del homenaje a Gabriel Miró en la Glorieta de su ciudad natal y el de la repatriación de los restos de Blasco Ibáñez a Valencia, sentidos como una mezcla de fruición literaria y despertar cívico. A ello se sumó, casi desde la infancia, el deslumbramiento que le produjo la contagiosa vitalidad de su vecino, el panadero Carlos Fenoll, cinco años mayor, por quien llegó a los versos de Miguel. Un temprano recuerdo en la primera época de la revista *Verbo* (1946) anticipaba el tono de sus aludidas evocaciones de los años sesenta:

> Desde que éramos niños conocemos a Carlos Fenoll. Sus padres eran panaderos y él empezó este oficio, casi sagrado, teniendo como aprendizaje repartir la luciente y olorosa mercancía a domicilio de la cómoda clientela. En estas correrías que él hacía

> con un magnífico humor, le acompañábamos muchas veces. Amenizaba el tiempo recitando versos y contándonos fantásticas historias que nos llenaban de entusiasmo. A veces estas leyendas eran larguísimas y tardaba varias jornadas en relatarlas hasta darles fin. Nosotros –en ocasiones éramos varios los oyentes– las seguíamos con creciente interés y ésta constituía nuestra más preciada diversión[3].

A finales de aquel mismo año Molina, bajo seudónimo, reivindicaba la plenitud de la poesía hernandiana frente a cierta «Antología parcial de la poesía contemporánea» aparecida en la revista *Espadaña* (nº. 24) donde se hablaba de Hernández como de un poeta sin cuajar, malogrado por su prematura muerte:

> Quizás el genio creador de Miguel Hernández –escribía Molina– apuntara a una altura superior a la que llegó; pero de eso a decir que el poeta no estaba hecho y maduro en su plenitud, media un abismo. Miguel Hernández fue un poeta mayor, de los que crearon escuela y la prueba de su fruto está bien patente hoy cuando diversas revistas literarias de España se disputan el honor de publicar sus últimos y maravillosos poemas inéditos[4].

Evocar a Miguel Hernández en 1946, bajo la fiscalizadora mirada de la vieja guardia local del Movimiento, tenía su riesgo. Pero más descorazonadoras eran las dudas que Molina observaba en compañeros escritores con antecedentes republicanos que desconfiaban de la calidad poética hernandiana. En aquel contexto enrarecido fraguó la amistad de Molina con Vicente Ramos y con José Albi quienes, por su proximidad a la administración franquista y a la Delegación provincial de Cultura Popular, facilitaban la solución de los más rutinarios problemas de censura. Solía decir Molina que en el Alicante de los años cuarenta sólo podía hablar de la obra de Miguel con Ramos y con el grupo disidente de la Casa de las Teas, en la calle de Labradores[5], donde tuvieron estudios a fines de los años cuarenta los pintores Gastón Castelló, Melchor Aracil, Arcadio Blasco y el escultor José Gutiérrez, entre otros. En aquel espacio, punto de encuentro de artistas plásticos y gente de letras, encontró Molina campo abonado para reconstruir su frágil visión poética del pasado, a base de imágenes y sensaciones del bien perdido, sobre cuyo futuro entonces nadie podía asegurar nada, de modo que resulta ocioso suponer que aquellos jóvenes artistas estuvieran tomando posiciones para ocupar un puesto en la historia al cobijo de Miguel Hernández, sentido como estrella fugaz de gran magnitud en un universo republicano que la inmensa mayoría de los súbditos del Estado nacional-sindicalista daba por arrasado indefinidamente. Era muy aventurado adivinar en 1950 los términos en que se había de recuperar la cultura y el canon literario de preguerra y mucho menos la memoria objetiva de la contienda civil. De modo que aquellos jóvenes de que hablo, entre los que Molina jugaba un activo papel, comenzaron a elaborar su propia obra creativa con más o menos fortuna y a relacionarse epistolarmente con otros grupos poéticos formados por residuos y renuevos democráticos, sin rehuir prudentes contactos con los representantes más receptivos o fiables de la restrictiva cultura impuesta por los vencedores de 1939. En este contexto de resistencia posible el citado culto privado se extendió lentamente, fue transmitiendo su fervor a otros grupos expandidos por la Península y, en el curso de ese proceso, sus propulsores alicantinos fueron descubriendo que en otros puntos habían brotado ya focos de interés similares a los suyos, indicio de que su devoción no era una anomalía provinciana. Sin disponer de los resortes de Aleixandre, de Josefina Escolano, de José María de Cossío, de Ricardo Fuente o de Arturo del Hoyo para promover la recuperación universal del poeta en Losada, Espasa-Calpe o Aguilar, la participación del grupo *Ifach* en la rehabilitación editorial de Miguel

Hernández fue significativa por haber sacado a la luz el poemario de mayor entidad entre los primeros suyos publicados en España después de la guerra: *Seis poemas inéditos y nueve más* (1951)[6].

Molina estuvo siempre disponible para difundir la obra de Miguel. Durante los años cuarenta y cincuenta se mantuvo próximo a Josefina Manresa, cuya confianza le permitió orientar a estudiosos e hispanistas, desde Concha Zardoya a Guerrero Zamora, desde Elvio Romero a Marie Chevallier o a Ricardo Domenech. También medió, junto con Ramos, en las gestiones del matrimonio Francisco Ribes-Josefina Escolano (Mª. de Gracia Ifach) para facilitar la educación de Manuel Miguel Hernández en Valencia[7]. Su amplia correspondencia acredita numerosas intervenciones cuya reseña no cabe en esta breve comunicación. Su propia obra está inevitablemente marcada por homenajes, dedicatorias y referencias que aluden preferentemente a la supervivencia memorial del paraíso perdido en 1936, como expresaba en su «Carta abierta a Miguel Hernández» (*Hombres a la deriva*, 1950): «Cantar para contar cuanto nos pasa/es nuestra servidumbre, nuestra gloria,/nuestro temblor de surco o de barbecho.//La tierra está deshecha, mustia, rasa;/todo es residuo y sal, todo es escoria/de plomo que aprisiona nuestro pecho.//O en su poema «A Blas de Otero» (*Camino adelante*, 1953): «Cuando vivir es sombra de la vida/de otros hombres de ayer que alimentaron/la esperanza de un mundo redimido;/hay que cuidar tu voz como se cuida/el único regalo que dejaron/los que todo en la vida lo han perdido.» Molina se afirmó como poeta en los años cincuenta con algunos libros notables en clave existencial –*Hombres a la deriva*, *Camino adelante*, *Versos en la calle*, *El suceso*– exponentes de una trayectoria lírica vocacional sostenida a pulso durante medio siglo. Como solía repetir en sus últimos tiempos, la literatura había sido su vía de salvación.

La discutida memoria de Molina

Entre sus primeras vivencias cerca de Miguel Hernández hay un episodio en descrédito, irrelevante –si se quiere– para los biógrafos del poeta, pero que produjo una impresión imperecedera en Molina. Éste –con 16 años– era amigo de Antonio Gilabert Aguilar, primo de Miguel. A mediados de 1934, Antonio le dijo que se iba al Campo de la Matanza a acompañarlo y llevarle la comida mientras terminaba una obra de teatro. Molina consiguió permiso de su madre para acompañarlos, y allí –durante unos días– fue espectador privilegiado del baño de naturaleza que el poeta daba a los versos finales de su auto sacramental[8]. Debía de ser a comienzos de un caluroso verano que en su memoria se convirtió en agosto, fecha inverosímil si es cierto que Miguel había enviado a Bergamín la última parte del Auto en junio, después de leerla a Ramón Sijé y a Francisco Díe «en un rinconcito de mi huerto junto a la sierra achicharrados[9]». Desde aquellas jornadas Molina se sintió próximo a Miguel, lo acompañó con los amigos en algunos paseos por la huerta y comenzó a interesarse por sus actividades literarias. En el siguiente otoño asistió, junto a un reducido grupo de veinte personas amigas, a la lectura privada de *El torero más valiente* y a la representación de algunas escenas de *Quién te ha visto y quién te ve...* en el Salón Novedades con intervención del propio autor y del primo Antonio Gilabert. En una de sus cartas desde Madrid dirigida a Fenoll (febrero de 1936) el poeta asociaba en sus recuerdos «a mi primo [*Antonio*], a Molina...». Ambos jóvenes se volvieron a encontrar en Alicante y, en diciembre de 1943, Gilabert fue padrino de boda de Manuel con Maruja Varó.

Otro momento muy presente en la memoria hernandiana de Molina era el de su estancia en la sede de la Alianza de Intelectuales para la defensa de la cultura, junto a Carlos

Fenoll y Jesús Poveda, al fin de su periodo como voluntario en la defensa de Madrid a fines de 1936[10], ocasión en la que visitaron también a Vicente Aleixandre. Poveda, en su libro de 1975, no mencionó su presencia en aquel doble encuentro y quienes, en el plano biográfico, han recurrido a él como fuente de dicho episodio, persisten en la omisión. En el recuerdo de Molina se asociaba aquella visita a la muerte del cubano Pablo de la Torriente Brau que tan honda impresión produjo en Hernández, y a la irritación de éste por los recelos con que María Teresa León miraba la presencia de sus amigos en la Alianza como si trataran de emboscarse. De María Teresa se conserva en el archivo de Molina un testimonio epistolar revelador del persistente malestar que le producía el recuerdo de la despedida de Miguel, en marzo de 1939: «...Miguel es uno de nuestros últimos recuerdos de Madrid. Lo *vemos* contestarnos: No quiero ningún asilo en la embajada de Chile. ¡Me voy! Y alejarse en la última noche de Madrid mientras nosotros seguíamos a Ignacio Hidalgo de Cisneros que nos llevaba con él. ¿Cuándo todo aquello no será más que un recuerdo? Hoy, escuece aún demasiado...»[11].

Respecto a la visita a Aleixandre la presencia de Molina está documentada por aquel en varias cartas del poeta sevillano[12] donde hizo alusión a «aquella fabulosa visita de él, Fenoll y Poveda[13]». El más expresivo de aquellos recuerdos sobre la presencia de Molina en casa de Aleixandre en diciembre de 1936, lo contiene su misiva de 29 de febrero de 1952, hasta ahora inédita:

> Querido Manolo: En este instante me llega tu carta y así, en caliente, aunque todo te lo dije te lo repito como si fueras tú el que llegaras, quien hoy viniera a verme y charlar un rato largo conmigo. Conozco tu corazón, que es el mismo de aquellas horas. Yo no olvido nunca, y qué bien has hecho en escribirme. Nunca lo has hecho así hasta hoy, y no hiciste bien: yo te hubiera reconocido en seguida: somos los mismos que aquellos días nos vimos, días que valieron por años y sangre que valió por torrentes. ¿Te acuerdas del vinillo que nos tomábamos en aquel día de Navidad? Tú con tus 18 años y los simpatiquísimos Fenoll y Poveda un poco mayores que tú, con sus veintitantos. De toda aquella larga temporada es uno de los recuerdos más puros que tengo. Luego Miguel vino muchas veces, mi gran Miguel que era como un hermano chico para mí, y me habló de vosotros. Siempre sabía yo de ti. Luego creciste, pero para mí no has variado, y como lo que a mí me entra en el alma a mí no se me va nunca, resulta que te tengo igual, y no importa el tiempo. Habrás madurado, pero estoy seguro que en tu corazón eres el mismo. Me da alegría reconocerte y que tú lo sepas.
>
> Bueno, Manolo, ya sabes: ahora no pienses nunca que estás nublado o que lo estoy yo. No lo estamos ninguno y hay un sol bueno que nos ve y en que nos vemos los dos. Te mando un abrazo como si te despidiera en la puerta y hubieras venido a verme: lo mismo ahora que hace 16 años, que dentro de otros 16. Siempre, y abrazos Vicente.

Punto controvertido en torno a las ideas literarias de Molina ha sido su supuesta paternidad del concepto generacional oriolano de 1930[14]. Nunca lo oí hablar de tal cosa, sino del florecimiento de la cultura local durante la República, gracias al grupo de jóvenes en el que destacaron Hernández y Sijé, sin excluir a Fenoll, ni a Poveda ni a otras voces de la discutida tertulia de la tahona de la calle de Arriba. Digo «tertulia», por llamar a aquellas reuniones de un modo convencional, de las que Molina se hizo portavoz en la posguerra porque habían sido sustancia de su formación humana. Por supuesto él se incluía como partícipe de una iniciática admiración por aquellos amigos mayores que lo admitieron en su círculo. En principio sólo era amigo mudo, admirador de quienes lo aventajaban en edad y en conocimientos literarios. Cierto que, entre ellos, nunca habló de Ramón Pérez

Álvarez, algo menor que él –nacido en 1918–, que se agregó al grupo de *Silbo* en 1936. Ambos jóvenes pertenecieron inicialmente a las juventudes de Izquierda Republicana (uno en Orihuela y otro en Alicante) fogueadas durante la campaña electoral de febrero. Después Ramón se inclinaría por la CNT y Manolo por el Partido Comunista, motivo acaso suficiente para alentar sinceras antipatías. Ramón que realizó actividades político-administrativas durante la guerra fue denunciado y condenado a muerte, pena conmutada por largos años de cárcel. Molina volvió del frente, tras militar en el 4º Batallón de Carabineros de la República, y se reintegró discretamente a la vida civil. Había publicado sus primeros versos en 1937, en plena guerra, en la prensa comunista, cuando *Silbo* ya no existía. Solo un impulso emocional lo llevó –tras su distanciamiento de Ramos a mediados de los cincuenta– a resucitar, con la aprobación de Fenoll, la mancheta de aquella malograda hoja en papel de aleluyas donde habían firmado los más grandes poetas de 1936, para editar modestamente escritos suyos y de sus amigos jóvenes, entre ellos Enrique Cerdán Tato (*El mendigo y otros cuentos*), Carlos Sahagún (*Hombre naciente*) y Ernesto Contreras (*El Paseo y otros relatos*). Respecto a la amistad de Molina con Vicente Ramos, sabido es que se inició una vez comenzada la guerra en Alicante. No se puede afirmar, como se ha hecho recientemente[15], que ambos trataran de apuntarse al grupo *Silbo*, para pasar a la historia. Ramos nada tenía que ver con Orihuela en aquellas fechas. Vivía en Alicante desde 1934. Conoció a Miguel Hernández en el Ateneo en el verano de 1937, cuando se lo presentó Molina como ambos han recordado en más de una ocasión.

Los «amigos» hablan unos de otros

Algunos de los amigos oriolanos de Miguel Hernández supervivientes en la posguerra, en nombre de la veracidad de sus testimonios, se mostraron suspicaces, cuando no abiertos discrepantes, respecto a los testimonios memoriales de Molina que evocaban poéticamente momentos de su adolescencia oriolana cerrada en 1935, antes de la muerte de Sijé y de la formación del grupo *Silbo*. Tampoco sentó bien a algunos de aquellos amigos que decidiera renovar dicha marca de raíz hernandiana en un momento de distanciamiento de Vicente Ramos. Un ejemplo que puede servir para ilustrar estas discrepancias tal cual se fueron configurando en los recuerdos de quienes trataron al poeta, es el de Jesús Poveda que, en su libro testimonial de 1975[16], dio cualificada cuenta de sus relaciones juveniles con Miguel Hernández y con Carlos Fenoll. En ellas sentó impresiones subjetivas como que inicialmente cualquiera de los amigos que frecuentaban la tahona de la calle de Arriba hubieran apostado a que el panadero era mejor poeta que Miguel[17] o que su entonación al recitar versos ponía en éxtasis a la concurrencia[18]. En realidad esta última impresión de Poveda no está muy lejos de las apreciaciones de Molina en el mismo sentido cuando definía a Fenoll como el «imán poderoso» que los unía con «la gracia y la sal de raíz pueblerina como primer animador de sus amigos[19].

En cuanto a Sijé, Poveda, que fue amigo suyo desde la adolescencia, coincidía con Molina en no regatearle el aprecio de sus facultades intelectuales, pero se mostraba reticente al recordar debilidades de su carácter, como su propensión a eternizar en su poder libros prestados y, sobre todo, negaba taxativamente –contra una supuesta opinión de Molina[20]– que el joven estudiante de derecho hubiera impuesto sus ideas a los amigos que frecuentaban la panadería de su novia Josefina Fenoll –más tarde esposa de Poveda y compañera en largos años de guerra y exilio.

Para Molina la tahona, iluminada a la luz del recuerdo treinta años después, era un retablo con figuras[21] por el que habían desfilado ante él aquellos amigos mayores –Her-

nández, Fenoll, Poveda, Sijé o Bascuñana entre sus quince y sus dieciocho años– (1932 a 1935) sin que él presumiera de un protagonismo que nunca tuvo. Simplemente estuvo allí disfrutando del instante. Para un joven que trabajaba con su padre desde los catorce años y que había abandonado tempranamente sus estudios, aquel lugar no dejaba de ser una escuela gratuita donde completaba como en un juego su formación literaria y musical a ratos perdidos. Molina sublimaba la amistad por encima de todo e intentaba poetizar sus recuerdos en términos poco operativos para el mecanicismo historicista o para la reivindicación ideológica, móvil siempre muy presente en Ramón Pérez Álvarez. Se ha dicho que en aquellas fechas Molina era un «crío», sí, pero no menos que Ramón, más joven y sin embargo muy formal secretario que llevó eficazmente la correspondencia del grupo *Silbo* aprovechando la facilidad que le prestaba su condición de empleado de Correos. En aquel tiempo se maduraba pronto.

El enojo de Poveda con Molina pudo tener origen en el malestar que le produjo la ligereza con que éste lo evocó en 1969[22], aludiendo a su ademán «un tanto felino, burlón y malicioso» y a su condición de «violinista, sin demasiada virtud en el manejo de la cuerda, por más que nosotros, entonces, lo considerábamos como un Sarasate local». En el orden poético Molina constataba su facilidad para producir versos de todos los calibres, y por supuesto reconocía su contribución al nacimiento de *Silbo*. Todo ello le valió para que Poveda lo tildara elípticamente en 1975 de «vocero» que hablaba de oídas, y que lo eliminara del recuerdo del citado encuentro madrileño con Miguel en diciembre de 1936. Tampoco lo mencionó como promotor de los *Seis poemas inéditos*... y eludió sus aportaciones a la bibliografía hernandiana[23]. Años después, Pérez Álvarez procedió de modo similar al silenciar el papel que Molina jugó como impulsor de la edición de *Canto encadenado*[24]. En este caso la motivación radicaba en su disconformidad con el afecto que Carlos Fenoll mostró siempre al autor de *Hombres a la deriva*, a quien consideró benjamín honorario de *Silbo* aunque su condición poética no estuviera acreditada todavía cuando salieron aquellos pliegos líricos. Ramón llegó a la tahona a través de Justino Marín y de Poveda[25]. Su ausencia en la memoria de Molina se debió a la falta de trato entre ambos antes de su salida de Orihuela. Aquellas antipatías sólo tuvieron cierta reparación en el caso de los Poveda –Jesús y Josefina– que, tras publicar Molina la edición de *Canto encadenado*, resellaron su amistad en un encuentro torrevejense, al que no fueron ajenos los buenos oficios del doctor Alberto Escudero Ortuño[26], camarada de Molina en el frente de Teruel.

A Molina, como a sus compañeros, le tocó vivir una época de resistencia en que era imposible calcular la distancia que restaba para el final del túnel. Las decisiones en tales circunstancias, por discutibles que puedan parecer, no eran errores que se deban purgar con anatemas sino opciones que requerían tenacidad y prudencia. Molina se consagró a la memoria de su amigo Miguel, al que le había unido el afecto y la admiración adolescente más que la doctrina política, pese a la pertenencia al mismo partido comunista, que Molina abandonó al terminar la guerra. En realidad no hubo entre ellos convivencia política porque el más joven sólo fue un soldado sin responsabilidades de organización. El carecer de relaciones comprometedoras lo salvó de las denuncias. Pero no creo que librarse de la cárcel y seguir siendo consecuente con la amistad, con las ideas y con la poesía pueda ser un demérito. Lo que más contrariaba a Manolo era que se criticara el posibilismo sin haber ofrecido alternativas.

En los años ochenta, cuando se legislaron pensiones para los antiguos carabineros de la República, Molina no quiso ni oír hablar del derecho que pudiera corresponderle. Para él ideas y poesía representaban valores ajenos a cualquier tipo de mercado. Por ello,

salvo una edición institucional[27], no tuvo inconveniente en costear, cuando pudo, su obra poética a sus expensas, cosa, por otro lado, habitual entre los poetas de la época.

La huella de su paso por el mundo literario no fue sólo hernandiana. Molina alcanzó reconocimiento en los círculos poéticos de los años cincuenta, cuando militaba con voz propia entre los *ángeles fieramente humanos* que encabezaba su amigo Blas de Otero. Y si posteriormente su trayectoria se fue diluyendo hasta quedar sin brillo en el canon poético español fue por su fragilidad para sostener la difícil batalla de la vida desde la poesía –inhibición por cansancio físico y psíquico– que lo llevaría a refugiarse en una lírica de corte popularista desapercibida en tiempos de novísimos.

El rigor enérgico de la Historia y la fragilidad de la memoria poética

El olvido suprime la experiencia pero la reconstrucción de la memoria a partir de testimonios y recuerdos personales, no garantiza la veracidad. Sin embargo, la memoria, con todos sus lapsus, es parte de la historia psicológica de individuos y de pueblos. En ella sublimaciones poéticas emotivas y datos históricos objetivos se complementan, de manera particularmente sutil si nos movemos en el ámbito de lo histórico-literario cuyos hechos básicos se objetivan a partir de impulsos subjetivos.

Esta memoria poética selectiva y vaga, donde el tiempo pierde su exactitud cronológica, prevaleció durante la posguerra traspasada de fantasías y proclive al mito para rememorar y conservar sensaciones personales y colectivas. Recuérdense *Los encuentros* de Aleixandre, o la albertiana *Imagen primera de...* De esta propensión al culto privado, casi íntimo, donde se inscriben las remotas evocaciones condensadas por Molina en *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela* (1969), sin dependencia de pruebas documentales, se pasó, ya en el periodo pre democrático, a la revisión histórico-política de la memoria republicana obstruida por el franquismo. A la tierna evocación lírica –consentida por el sistema totalitario precisamente por ser lírica– sucedió una enérgica recuperación del método histórico, con la pretensión de restablecer la auténtica Verdad, rindiendo culto a la objetividad del dato, en un contexto de exigencia informativa creciente. Los dispersos lectores de la obra de Miguel Hernández se convirtieron en público masivo cuando sus poemas volvieron a recuperar sus valores populares esta vez sobre soportes audiovisuales de gran difusión. Recuerdo la sorpresa que produjo hacia 1971, el ver a Paco Ibáñez, sin previo aviso, cantando *Aceituneros* en TVE con omisión del nombre del poeta. El mayor riesgo de esta nueva situación fue la exaltación positivista de particularidades biográficas en busca de motivaciones reivindicativas, que facilitaron la promoción de aquellos mitos íntimos de la clandestinidad a banderines de enganche para el cambio y la instauración de la democracia neoliberal. El recurso masivo de los medios a la poesía de los Machado, Lorca, Miguel Hernández, Blas de Otero o Gabriel Celaya... está en la mente de todos.

Fue en aquel momento, alrededor de los años 1980, cuando se hizo oír la enérgica voz de Ramón Pérez Álvarez que, en busca de la verdad histórica, creyó conveniente desmontar los pequeños mitos poéticos sedimentados por Molina –«verdades a medias» para él– que a su juicio descalificaban a su autor como fuente de información veraz acerca de Miguel Hernández. Molina guardó silencio, no por aquello de que quien calla otorga, sino por el cansancio que le producía polemizar en sus últimos años. Se sentía suficientemente autojustificado por su labor en favor de la memoria de Miguel, dejaba mucho escrito sobre el asunto desde 1940 y no quería discutir con un interlocutor cuyos

siete años de cárcel lo autorizaban a desconfiar de quienes en su relativa libertad habían hecho lo que estaba en su mano, asumiendo riesgos y renuncias difíciles de evaluar.

Molina no fue un erudito ni un crítico de oficio. Su función respecto a la memoria de Miguel Hernández no se agota en el hecho de que inventara o no la tertulia panadera o de que evocara con fecundidad imaginativa, situaciones de su adolescencia cultural, agostada ya simbólicamente cuando en 1943 tituló *Otoño adolescente* el libro con el que iniciaba su propia trayectoria poética, con Hernández siempre presente entre sus devociones, pero respondiendo con acento propio a las sucesivas vicisitudes históricas de los españoles de a pie derrotados en 1939. Los testimonios de Molina representan la fase mítica de la recuperación de la memoria de Miguel Hernández, base estimable en el campo de la literatura del yo, pero insuficiente para ofrecer garantías de objetividad. Ramón Pérez Álvarez representa la histórica que, cuando se basa en documentos, puede ser irrebatible, pero que si se trata de interpretar transfiguraciones literarias requiere cuidadosa atención antes de su conversión en argumentos arrojadizos.

En cualquier caso, terminaré diciendo, por lo que conocí directamente de ambos, que el hernandismo debe estar agradecido por igual a la labor que respectivamente y en los momentos que pudieron, creyeron oportuno o se sintieron con fuerzas para ello, desarrollaron Manuel Molina y Ramón Pérez Álvarez, los dos «benjamines» mal avenidos de aquel grupo de compañeros oriolanos deslumbrados por la poesía de su amigo mayor Miguel Hernández en tiempos de la 2ª República.

NOTAS

1.–Concebido para puntualizar unos datos de la biografía de Mª. de Gracia Ifach, *Miguel Hernández, rayo que no cesa* (Barcelona, Plaza&Janés, 1975, p. 334) sobre la adquisición en 1952 del nicho funerario donde descansaban los restos del poeta, este libro tuvo el imprevisto efecto de indisponer a los autores con Josefina Manresa que negó a su vez haber solicitado ayuda de nadie en aquellas circunstancias, pese a haber aceptado las cantidades recaudadas en su momento por la suscripción abierta con dicho fin.

2.–Carlos Fenoll, *Canto encadenado*, ed. y prólogo de Manuel Molina, epílogo de Vicente Ramos, Alicante, IEA, 1978.

3.–«Espíritu y carne de un poeta: Carlos Fenoll», *Verbo. Cuadernos literarios*, agosto 1946.

4.–M.S. (Máximo Sencillo), seud. de Manuel Molina, «Réplica a Espadaña», *Verbo*, diciembre 1946.

5.–«Un mito llamado Miguel. XXV aniversario de la muerte de Hernández», Alicante, *Silbo*, 1977, pp. 13-14.

6.–Del mismo año data otra pionera *Antología poética* (Orihuela, Aura, 1951) formada por poemas de la primera época, seleccionados por el esforzado hernandiano Francisco Martínez Marín (1928-2007).

7.–En carta de 6-9-1950 Francisco Ribes escribía a Molina proponiéndole acoger al niño en su casa: «...le agradeceré que se haga portavoz de mis palabras cerca de su madre y de cuantos, por amigos y allegados tengan derecho a conocer bien el asunto. [...] Haga usted saber esto a su madre, a quien espero conocer pronto, y déle las gracias por haber tenido confianza en nosotros».

8.–Manuel Molina, *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela (Testimonio personal)*, ed. de Ángel Caffarena, Málaga, Librería Anticuaria El Guadalhorce, 1969, pp. 49-50.

9.–Miguel Hernández, *Obra Completa*, ed. crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, p. 2314. La tercera y última entrega de *Quién te ha visto y quién te ve...*, se publicó en el número 18 de *Cruz y Raya*, pp. 3-61, correspondiente a septiembre de 1934.

10.–Manuel Molina, «Amistad con Miguel Hernández», Alicante, *Silbo*, 1971, pp. 37-39.

11.–Carta de Mª. Teresa León a Manuel Molina, Roma, 1-5-1976.

12.–«Recuerdo efectivamente cuando te conocí hace ya bastantes años y cómo la presencia de Miguel estaba allí, como seguía estando en todos los sitios por donde su persona, rebosante de vida pasara» (Tarjeta postal

de Vicente Aleixandre a Molina, 4-5-1942). «Recuerdo con gusto aquella visita vuestra hace ya tantos años, cuando tú eras aquel muchacho de 18 años amigo de Miguel, y Fenoll el mismo simpático ser que seguirá siendo. De Poveda no sé nada desde hace mucho tiempo» (Carta de 8-1-1947).

«En diciembre se han cumplido quince años que te conocí. A ti, a Fenoll, al desaparecido Poveda. ¡Aquella cruda Navidad de 1936 que pasé con vosotros! Tú, con tus 18 años» (Carta de 20-2-1952).

13.–Carta de Aleixandre a Ramos, 15-4-1947, reproducida en Vicente Ramos–Manuel Molina, *Miguel Hernández en Alicante*, Alicante, Ifach, 1976, p. 121.

14.–Fue Vicente Ramos quien estableció los términos de una *Generación olecense de 1930* marcada por el culto a Gabriel Miró y por lo que llamó «el barroquismo oriolano», en la que incluyó a los hermanos Marín Gutiérrez, a Carlos Fenoll y a Miguel Hernández. Véase su *Literatura alicantina, 1839-1939 (Ensayo crítico y bio-bibliográfico)*, Madrid, Alfaguara, 1966, pp. 253-284.

15.–Eutimio Martín, *El oficio de poeta: Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2010, p. 87.

16.– *Vida, pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández. Memoria-testimonio*, México, Oasis, 1975. Más tarde, en un testimonio publicado en la revista *La Lucerna* (diciembre 1995) –citado por Eutimio Martín, (*op. cit.*, p. 86)– al apoyar la versión de Pérez Álvarez, aseguraba imprecisamente que Molina era un niño de doce años que ya no vivía en Orihuela (en tiempos de *Silbo*, se entiende). Como queda dicho Molina había nacido en octubre de 1917, era mayor que Pérez Álvarez y no se trasladó a Alicante hasta 1935.

17.–La misma expresión emplea Ramón Pérez Álvarez: «La influencia de Carlos sobre Miguel Hernández fue profunda y duradera. En aquel tiempo cualquiera de nosotros hubiera apostado por el panadero, como mejor poeta». Si «aquel tiempo» se refiere a 1930, cuando Fenoll y Hernández coincidieron en *El Pueblo de Orihuela*, el plural de participación de un muchacho de doce años parece tan impropio como el que Pérez Álvarez atribuye a Molina que –insisto– era algo mayor que él. (*Hacia Miguel Hernández*, ed. de Aitor L. Larrabide y José Luis Zerón Huguet, epílogo de César Moreno, Orihuela Fundación Cultural Miguel Hernández/Empireuma, 2002, p. 99.)

18.–«Miguel Hernández siempre sintió por él un afecto de hermano, lo admiraba, lo estimaba superior. Cuando le pedía a Carlos que le leyera un poema que el pastor acababa de escribir, éste se recreaba, se crecía oyéndolo de labios de aquél, y se deleitaba sin disimularlo; la entonación que el panadero le daba a los versos que recitaba, nos ponían en éxtasis, y el cabrero-poeta acababa soltando alguna exclamación propia de su léxico huertano, que a todos nos hacía reír» (Poveda, *op. cit.*, p. 72).

19.–Manuel Molina, *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela*, *ed. cit.*, pp. 21-22.

20.–«El estudiante [...] lleva a la tertulia de la tahona la ciencia y conciencia de la cultura, de la sabiduría aprendida, recreada y asimilada por él; la disciplina humanística del arte y de la historia que tan bien sabía explicar.» (Molina, *op. cit.*, p. 23). En cambio Poveda (*op. cit.*, p. 48), aseguraba que Sijé nunca había sido «guía de nuestras tertulias literarias de la calle de Arriba. Jamás tomó parte de ellas». Y añadía en semivelada alusión a Molina: «...es sumamente triste que algunos biógrafos de cierto viso se dejen influenciar por un vocero apócrifo, que cuenta anécdotas y sucedidos que ha oído por boca de interpósitas personas, y lo estropea todo y hace que los relatos resulten irritantes». María Dolores García Selma ha advertido oportunamente las contradicciones de Poveda en su consideración de Sijé entre 1935 y 1975 (*Carlos Fenoll: vida y obra*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Albert», 2000, p. 21).

21.–Molina, *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela*, *ed. cit.*, p. 35.

22.– *Ibid.*, pp. 35-36.

23.– *Nueve poemas eternos...* (por errata). Poveda, *op. cit.*, pp. 272-275.

24.–Pérez Álvarez, *op. cit.*, p. 98.

25.–Pérez Álvarez, *ibid.*, p. 37

26.–Nacido en Benejúzar (1918), murió en Logroño (2002) donde fue director del Centro Psiquiátrico Provincial. Publicó *Por los caminos de Hipócrates*, Barcelona, Noguer, 1981.

27.– *Coral de pueblo*, pról. de Camilo José Cela, Alicante, Caja de Ahorros del Sureste de España, 1968.